

Arturo Piga

REFLEXIONES ACERCA DE NUESTRA EDUCACION

POCOS sectores de la vida nacional, se han conmovido más intensamente, en los últimos años, como la educación pública. Y cosa extraña, restablecidos la tranquilidad y el orden, es poco, a lo menos, desde el punto de vista institucional o de realización orgánica, lo que se ha conseguido en la dirección del movimiento que produjo semejantes trastornos. Diversa es, por cierto, la situación con respecto al ambiente ideológico creado en torno a estas perturbaciones e influencias. El estado de ánimo o la sensibilidad de los elementos jóvenes que directa o indirectamente educan, ha cambiado, en efecto, radicalmente. Podría decirse, en este sentido, que se han establecido dos corrientes definidas. Una conservadora que vive realizando y estimando el trabajo escolar con el mismo criterio de principios del siglo. La otra, vanguardista, que actúa haciendo, casi tabla rasa del proceso espiritual o técnico interno de la educación que constituyó y sigue constituyendo para el grupo conservador, la única filosofía posible en materias pedagógicas.

Dentro de esta clasificación conviene, todavía, hacer una distinción: la escuela primaria y la segunda enseñanza, por una parte, y, por otra, la educación superior. Las dos primeras ramas han introducido un nuevo espíritu y presentan, por tanto, el fenómeno de la gestación interna, exteriorizada a través de conflictos y discrepancias en la apreciación de determinados problemas pedagógicos. La rama universitaria, en cambio, permanece casi inalterable pedagógicamente y ajena a la conmoción, originándose así, tanto en las instituciones, como en el espíritu que las anima una discreta armonía con el pasado y una actitud casi invariable de correspondencia, frente al proceso tradicional en relación con el desenvolvimiento de las actividades docentes.

Queda, por cierto, descartada desde este punto de vista, la cuestión de gran agitación interna que corresponde al movimiento estudiantil del grupo universitario de avanzada que, como es del dominio público ha originado graves cuestiones y conflictos de orden social, llegando, en algunos casos, a tocar de lleno el precario problema de las luchas de clases y sus relaciones con el régimen político imperante, de acuerdo con la estructura social-económica del país.

La juventud universitaria, no ha podido permanecer en la inactividad o indiferencia frente a la crisis político-social-económica de nuestro pueblo. Estimulada y enardecida por los credos políticos importados de Europa, y, especialmente por las revoluciones más trascendentales del siglo, verificadas en Rusia e Italia, en toda agitación económica y crisis del Poder Ejecutivo, tomaron posiciones de vanguardia y con actitudes, a menudo agresivas y violentas, han tenido en jaque y constante alarma a las más altas autoridades educacionales.

Si se considera, por otra parte, que la juventud, en su anhelo reivindicacionista, en su natural inclinación hacia la lucha de clases, tratando de borrar toda barrera jerárquica y diferencial entre los individuos, en su marcado sentimentalismo a favor de una organización intercontinental universalista, está pronta a recoger cualquier credo político u estructura social-económica que prometa, a lo menos en parte, una mayor equidad en la repartición de la riqueza y un advenimiento del Derecho y la Justicia en las relaciones internacionales y de política interna, el caos en que ha vivido la enseñanza superior se explica y se justifica casi enteramente.

De aquí que los conflictos suscitados entre el elemento estudiantil y las autoridades docentes y administrativas universitarias obedezcan, como las tentativas y proyectos de reforma a lo largo de todo el proceso educacional, a fenómenos de índole política, y, en forma muy especial, son el resultado inevitable de las modificaciones estructurales que va sufriendo la sociedad bajo el impulso de la presión de las generaciones jóvenes que, hoy como nunca, debido al ambiente caótico y de incógnitas en que se vive, procuran dar respuesta satisfactoria o soluciones a los complejos problemas de convivencia en general.

Pero en toda esta agitación y movimientos reivindicacionistas de la juventud universitaria no hay, propiamente, el problema pedagógico, tan típico y genuino para el grado elemental y algo menos para la segunda enseñanza. Sólo hay el problema social y el de la formación técnico profesional.

Otra es, ciertamente, la situación de la rama primaria, en

la que asume tanta importancia el problema pedagógico. No obstante, la existencia en forma muy destacada del problema pedagógico en los movimientos educacionales de la rama primaria no implica la falta de preocupación por la cuestión social. Muy por el contrario, la posición asumida por el estudiantado universitario a la cual aludimos en uno de los párrafos anteriores, fué, más o menos, la misma actitud que adoptó el magisterio primario, dando origen a graves represiones por parte de las autoridades gubernativas y que en algunas oportunidades culminaron en severísimas medidas disciplinarias.

Si se observa el panorama educacional en todo su conjunto y desde este punto de vista, en que nos hemos colocado, puede establecerse, *grosso modo*, que en la rama primaria, tanto el problema social como el pedagógico han preocupado al profesorado, con particular intensidad e importancia. En la enseñanza superior, en cambio, esta situación de prevalencia, en términos generales, sólo se refiere a la cuestión social.

En cuanto a la rama secundaria, puede decirse que, colocada en el centro y recibiendo influencias por ambos lados, ni uno ni otro asunto han logrado interesar en forma apreciable, al profesorado.

Cierto es que esta situación de tranquilidad relativa de la segunda enseñanza con respecto a los problemas de tanta significación como el social y el pedagógico, obedecen, seguramente, a causas de otra índole y que en este lugar no deseamos abordar.

A fin de introducir un poco de orden y claridad en este enmarañado problema, y en armonía con cuanto se viene diciendo, comenzaremos por precisar, aun cuando sea en forma rápida, cuál es el subsuelo social y político en el que descansa la educación pública y cuyas oscilaciones de fuerte perturbación explican fenómenos análogos de política general vacilante, tanteos, ensayos de reformas totales, cambios de organización y directivas en el campo de la enseñanza.

Hasta el año 1920, más o menos, la Educación Primaria guardó, en armonía con la tranquilidad política y social del país, una estructura relativamente fija y orientada en sentido tradicionalista. La enseñanza elemental se sujetó hasta esa fecha a la Ley Orgánica de Educación, del año 1860, mientras que la Segunda Enseñanza y la Universidad se regían por la Ley del año 1879. En el año 20, la Educación Primaria, como consecuencia natural de un Gobierno más democrático y orientado hacia los problemas urgentes de mejoramiento social, económico y cultural de nuestras clases populares, pasó a ser obligato-

ria y con ello, se determinó una extraordinaria difusión que, necesariamente, tuvo como consecuencia la elevación del nivel cultural de aquellas regiones más alejadas de los centros de capitales de provincia y departamentos. Entre tanto, el magisterio comenzaba a preocuparse, en forma muy intensa de los problemas pedagógicos que en Europa y Estados Unidos habían comenzado a ocupar el primer plano entre las cuestiones de mayor trascendencia.

A todo este despertar del espíritu se asoció desde el primer momento, una sed de mejoramiento de las condiciones económicas, que debería traer como corolario inmediato, una elevación de rango social y una mayor valorización del magisterio para intervenir en las diversas actividades del país.

Fué así como las falanges jóvenes, principalmente, las recién egresadas de las Escuelas Normales, sin descuidar el problema del mejoramiento económico, ávidas de nuevos horizontes, asimilaron con verdadera voracidad toda la producción literaria pedagógica del Viejo Continente, y con ello, encontrando terreno propicio en su espíritu inquieto y renovador, iniciaron a lo largo del país una activa labor de propaganda a favor de la educación del niño más en armonía, con los imperativos de la vida moderna y los descubrimientos científicos en el campo de la biología, la psicología, la sociología y la pedagogía experimental.

Concurren, pues, en este despertar espiritual y técnico del magisterio, dos aspectos que se complementan y se refuerzan: por una parte, y, principalmente, en los elementos maduros del magisterio, la necesidad de mejorar la condición económica a base de un *mínimum* de vida material, y, por otra, la inquietud en las huestes juveniles por alcanzar nuevas conquistas para la liberación del espíritu, en un ambiente de mayor comprensión de los valores humanos.

Quien interprete el movimiento de renovación educacional propiciado y llevado a cabo por el magisterio primario, sólo a base de uno de estos aspectos, y, en especial, a base del aspecto económico, desfigura la verdad histórica y manifiesta un desconocimiento completo de la auténtica fuerza de vibración espiritual que ha impulsado a nuestro pueblo hacia nuevos derroteros y más altos destinos de la vida educacional.

El profesorado secundario fué como se explica lógicamente, el que recogió de inmediato esta potente inspiración. En el Congreso Pedagógico, verificado en el año 26, y en el que participaron elementos de todas las ramas de la enseñanza, por la primera vez, la Educación Secundaria, a través de sus más des-

tacados y cultos elementos propició y discutió los tópicos y principios de la escuela nueva.

Todo lo que esta rama de la educación había hecho con anterioridad a este Congreso, en verdad, no había pasado de ser, sino iniciativa esporádica, ocasional y limitada a una propaganda literaria y un tanto romántica de algunos de los graves problemas de la educación moderna. Desde esta fecha, en cambio, el magisterio de segunda enseñanza, como cuerpo orgánico y representante oficial de los intereses educacionales del país, comienza a presentarse públicamente, para discutir los principios de la nueva enseñanza.

La eficacia y trascendencia de este Congreso pueden apreciarse por las consecuencias inmediatas que vinieron a influir en la estructuración misma de la educación secundaria. La Ley del año 79, en efecto, sufrió una derogación parcial en lo que se refiere a organización.

Posteriormente, el mismo Congreso determinó las bases ideológicas y técnicas de una de las tentativas de reforma, más audaces y radicales que haya experimentado la segunda enseñanza, incluyendo no sólo los liceos, sino todas las ramas de especialización y actividades profesionales correspondientes al grado secundario, es decir, al período comprendido entre los 12 y los 18 años.

La Enseñanza Universitaria, es, sin duda, la rama que menos transformaciones efectivas exteriores e interiores ha experimentado, sin que esto signifique la ausencia de tentativas de reformas igualmente radicales y profundas como se han producido en los grados elemental y secundario. Pero tales tentativas ni siquiera han logrado cristalizarse:

Dos causas explican, por lo demás, esta permanencia o actitud conservadora en el aspecto didáctico e institucional de la Universidad. Evidentemente es ésta la más avanzada de las ramas educacionales, esto es, el último grado en la carrera o proceso sistemático y organizado de los estudios, en modo tal, que la perturbación o sacudimiento a favor de nuevos principios pedagógicos y nuevas orientaciones en general, se reciben con cierto atraso. La Universidad—dicho gráficamente—es la última capa de la estructura educacional que recibe la influencia, por propagación regular y continuada desde el grado elemental hasta el liceo. Tan exacto es esto que, efectivamente, la primera modificación sustancial de la escuela no ha correspondido en rigor, al grado primario. Montessori y Decroly, nombres que llenan hoy, una de las páginas más hermosas y significativas de la educación moderna y de la regeneración de la

sociedad contemporánea sobre bases más científicas, más humanas y espirituales, comenzaron sus ensayos en el grado parvulario.

Montessori, particularmente, se ha hecho famosa en 18 lenguas y cuatro Continentes, por la «Casa dei bambini», es decir, un hogar para los párvulos. Sólo con posterioridad, su célebre método se aplicó a la escuela elemental y al primer grado de la enseñanza.

La Universidad, según esto, y en primer lugar, no puede renovarse, simultáneamente, con relación a la escuela primaria y secundaria, desde que su posición en el tiempo como etapa de evolución, corresponde a épocas anteriores, ya traspuestas por las ramas que se hallan en la base del proceso educacional.

En segundo lugar, el carácter mismo de la Universidad, en cuanto escuela que profundiza estudios a base de la investigación, o suministra la técnica de una profesión, o las dos cosas a la vez, mira más al contenido objetivo o supraindividual de la cultura que al aspecto subjetivo o psicológico. En otras palabras, le interesa más lo que se transmite y se aprende que el cómo de esta transmisión o aprendizaje. No es, pues, tanto la formación de un individuo como representante humano lo que aspira o persigue, sino la formación profesional o científica del futuro ciudadano. La pedagogía, en este último caso, como recurso formativo y normativo juega, pues, un papel mucho menor que aquel que corresponde al primer caso.

Ahora bien, lo que más ha cambiado, en los últimos tiempos no es, precisamente, el «qué» de la vida, es decir, la cultura. La gran crisis se refiere más bien a la manera «cómo» se interpreta esa cultura. En verdad, ésta no ha sufrido grandes modificaciones sustanciales. Principalmente ha progresado y se ha desenvuelto. Pero la interpretación que se hace hoy, de los valores culturales es radicalmente, diversa a la posición crítica del siglo pasado o aun del período de ante guerra. Se explican así, las modificaciones sustanciales que ha experimentado la escuela primaria y el liceo, llegando a adoptar incluso, una estructura nueva, mediante la organización de la enseñanza pre-escolar que pretende sustituir al hogar sobre la base de un ambiente totalmente diverso.

En cambio, la Universidad que también ha debido modificarse, no lo ha hecho impulsada por la ciencia de la educación, sino, simplemente, bajo la influencia de la inevitable revisión de la Cultura (ciencia, arte, filosofía, política, economía, religión, etc.), que se verifica muy especialmente en los períodos de crisis y en aquellos momentos de la historia en los cuales predomi-

nan como clima, la cuestión económica y los problemas sociales y morales anejos.

Al comienzo de este artículo, hacíamos notar cómo, a pesar de las violentas sacudidas que había experimentado nuestra educación pública, una vez tranquilizados los ánimos y vueltas las agujas a su centro, las instituciones más representativas no acusaban una apreciable modificación. En cambio—agregábamos—el espíritu y orientación interior de las mismas, habían sufrido una conmoción muy honda y significativa.

A continuación, trataremos de precisar cuál ha sido el ambiente ideológico creado por esta conmoción en armonía con los principios de la escuela nueva, y qué proyecciones deberá determinar para el futuro este ambiente, tanto en la educación, de inmediato, como en la sociedad, más adelante.

Si se practican dos cortes profundos en épocas bastante alejadas, la una de la otra; 1920 y 1933, saltan a la vista, automáticamente, algunas características diferenciales entre el proceso educativo clásico, tradicional y la interpretación moderna de aquello que, en rigor, debe ser el quid y el espíritu de la enseñanza.

En passant, será de cierto interés advertir que la misma situación de antagonismo, por aguda diferencia, se presenta en el campo social, en el campo político, en el campo económico, en el campo religioso, en el campo filosófico y ético... casi podría decirse, en el campo vital.

De modo que, rigurosamente, la crisis total de la educación, con sus nuevos principios, actitudes y procedimientos, no es, sino un aspecto particular de la gran crisis que conmueve y arrastra hoy, a todas las relaciones de convivencia y a la cultura. En un primer momento, una afirmación de esta naturaleza parece un poco enfática y antojadiza, de puro valor literario e índole conjetural. Precisada, en cambio, con hechos y situaciones reales, se presenta como una verdad incontrovertible, que arroja una luz inesperada y potente sobre el oscuro campo de la naturaleza humana, su evolución regida por leyes desconocidas o misteriosas y su destino.

Incuestionablemente, a la sociedad moderna se le imputan con sobrado fundamento, graves errores, lamentables vacíos y omisiones que amenazan su estabilidad y armonía. La conquista material del mundo, realizada sin control ni freno, comienza a resultarle al hombre de nuestros días, demasiado gravosa y asfixiante. De ahí que, como reacción, se le imponga el imperativo de la conquista del mundo de un modo más espiritual y con una ética más elevada.

Esta posición filosófica determina, inmediatamente, algunas consecuencias de extraordinaria importancia, tanto para las ciencias sociales como para la pedagogía.

Desde luego, la escuela no debe preparar para la sociedad, tal como se haya actualmente, organizada y dirigida.

Las aspiraciones y líneas de acción inmediata para una escuela moderna entran, por tanto, en el terreno de los ideales, de las posibilidades lejanas e infructuosas para la sociedad adulta de hoy. Tomar como modelo para la escuela, la vida nuestra, significa perpetuar el estado incongruente y de impasse que caracteriza el actual ambiente del conglomerado social.

Pero esos ideales de la nueva educación, no son extraños al ser que se está formando. Existen, ya, en su espíritu, como la única razón de vivir y actuar, como las únicas líneas naturales y sanas de desenvolvimiento y afirmación frente a la sociedad actual.

Por eso el joven que realiza sus propias iniciativas siguiendo sus propios impulsos, no sólo realiza su íntimo destino respetando su natural constitución, sino que favorece el despliegue y afirmación de la sociedad de mañana que el adulto persigue infructuosamente.

Frente al ser que se está formando no cabe, pues, sino la actitud de respeto y silencio, como ante el milagro de la generación o ante el crecimiento y desarrollo de la larva que se alimenta vorazmente o de la crisálida que se oculta en su capullo, mientras teje sus maravillosas alas que habrán de servirle más tarde.

El adulto debe sólo propiciar y favorecer la regularidad de este proceso que se le escapa total y definitivamente. No puede ni debe sustituirse al ser en formación para ayudarlo. La ayuda, sólo debe traducirse en las condiciones de orden material o espiritual que se identifican con el ambiente creado, exprofeso, para la educación.

Por eso, todos los desvelos de la escuela moderna tienden hoy a precisar o crear las mejores condiciones de ambiente que favorezcan el desenvolvimiento del ser en formación, mientras el educador, personalmente, ocupa en ese ambiente una posición subordinada y de inteligente limitación, modestia o paciencia.

Algunos cuadros de la vida animal ilustran espléndidamente estas consideraciones y principios. El insecto adulto coloca sus huevos en aquellos lugares que habrán de proporcionar posteriormente, al nuevo ser, luz y alimento necesario para la vida. Así, por ejemplo, busca para depositar sus huevos aque-

llas ramas que permitan el paso de los rayos solares en modo tal, que al nacer, el insecto infantil posea una especial sensibilidad para la luz y con ella pueda buscar los tejidos tiernos para su alimentación.

Proyectando este comportamiento biológico en el campo de la enseñanza se hace forzoso reconocer como verdadero educador, sólo a aquel que ha aprendido a renunciar a sí mismo, para procurarle al ser que se está formando el máximum de ayuda y bienestar.

Pero el cambio de actitud, con relación a los elementos jóvenes, y, por tanto, objetos de educación, tiene, todavía, una significación más precisa en el campo pedagógico. Determina taxativamente, la conducta o *modus operandi* en el proceso mismo de la enseñanza.

En efecto, la educación del presente, en términos generales se orienta hacia el individuo, hacia su propia e íntima esencia, no para formar un elemento de eficiencia social, en cuanto dominio de una técnica o profesionalismo, sino para revelar su propia naturaleza y estimular su propio y pleno desenvolvimiento. Es esta la gran cuestión de nuestro tiempo. Casi podría decirse, nuestro símbolo y nuestro evangelio. El hombre moderno comienza a buscarse a sí mismo.

Implícitamente en esta posición va envuelta una nueva estructura social, a base de individuos más éticamente sanos, equilibrados y conscientes o responsables de su destino.

El centro de gravedad colocado en la cultura como conquista y realidad supraindividual u objetiva, pasa a colocarse en la vida interior del individuo para relevar tendencias, líneas de desenvolvimiento, aptitudes e insospechadas posibilidades del espíritu humano, a favor del progreso y nuevos y más elevados valores de la cultura.

Todo esto, exige, por cierto, que la libertad y la espontaneidad en el ambiente escolar imperen en todo momento y en toda situación. La rigidez, la coacción o la imposición externa, violenta, como procedimiento, tendrán que desterrarse total y definitivamente. En cambio, las relaciones entre adultos y jóvenes, entre maestro y discípulo deben fundarse en la mutua comprensión, el mutuo respeto y la recíproca simpatía. La cultura existente (en orden material y espiritual) no se desecha, Es, por el contrario, una oportunidad, quizá la más preciosa y la única para la más alta finalidad de la educación: el pleno y natural desenvolvimiento del individuo. Pero para que tal cosa suceda y la cultura asuma una tal significación, es preciso que en todo ambiente escolar, desde el grado parvulario hasta

la Universidad, el trabajo o tema de estudio surjan organizada y conscientemente, sin herir o torcer las propias iniciativas de los elementos juveniles.

En términos particulares, la escuela, cualquiera que sea su rango en el proceso total de la educación, debe crear un ambiente material y espiritual adecuado al individuo que desea influir. La dotación de laboratorios, gabinetes, talleres, campos de cultivo, campos de juego, etc., deben constituir, pues, la base indispensable para el desenvolvimiento de las actividades educacionales a base del trabajo personal íntimo, completo y responsable.

La función de pura instrucción o aprendizaje de la escuela, debe sustituirse por la misión forjadora y reveladora del espíritu, en modo tal que la vida en todos sus aspectos, penetre en la escuela y sea un ambiente social e integrador de las múltiples y complejas situaciones del niño o del joven. No sólo debe perseguirse la escuela para la vida, sino una educación para una sociedad mejor, nueva e idealizada, en el sentido de una más alta espiritualidad y comprensión de la verdadera naturaleza humana con sus imperativos de elevado eticismo.

¿Qué hay de todo esto en nuestra educación?... Mucho y poco. Mucho, si se considera que todos los educadores jóvenes han comprendido y estimado estas trascendentales conquistas de la escuela moderna... Poco, si se considera la enorme distancia que media entre la comprensión de un fenómeno y la realización del mismo. De todos modos, la idea es el primer paso a favor de la acción, como tan profundamente lo adoctrinó el Cristianismo.

La juventud que actúa tiene, indiscutiblemente, hoy, una sed infinita de renovación... Y, aun cuando se entretenga en cuestiones de orden social con los innumerables problemas que de él dependen, lo hace, justamente, poniendo los ojos en la educación. ...

Los jóvenes creen que el problema de la escuela es el más significativo e importante en esa cruzada de mejoramiento y salvación nacional. Y de entre ellos, son los mejores quienes sostienen en convencimiento profundo, la gran trascendencia y eficacia admirable de los principios o filosofía de la nueva educación.

Lástima sí, que todo esto no sea, en rigor, sino un cuadro de bellas aspiraciones en el campo teórico de la pedagogía. No osamos, por eso, siquiera, tocar el terreno sombrío de las realidades en el dominio social. Ojalá nuestra sociedad se preocupara algo más que con fines literarios o sentimentales de lo que significa la educación de la masa infantil, ya que, por una u

otra razón el niño chileno permanece, en buena cuota, casi virgen de atención escolar, y, cosa increíble, virgen también de recursos higiénicos y sociales de toda suerte. . .

La Nueva Educación no es una teoría o una propaganda de realización inmediata para los privilegiados y los mejores. Tal monstruosidad no ha sido nunca cartel ostensible ni siquiera disimulado de los grandes y auténticos educadores modernos. . . No debe serlo, tampoco, honradamente entre nosotros.

La escuela nueva es un evangelio para la infancia y en calidad de tal, lucha por darle vida fácil y decorosa a la humanidad infantil, a esa humanidad incipiente que en un medio de mayor justicia no debiera negársele nada, porque nada cuanto existe puede negárseles a quienes traen oculta y en potencia la promesa de acertada solución en muchos de los problemas que actualmente nos afligen.

La Ciencia de la Educación y la Pedagogía lo han dicho ya todo o casi todo. Y hay de sobra lo suficiente para crear una sociedad mejor, tal como lo desea el adulto de hoy, vacilante, escéptico y egoísta, metido en el carro del progreso como en un callejón sin salida. . . Por eso, la reforma de nuestra escuela, en gran parte, ha dejado de ser un problema técnico, para constituir, en cambio, la cuestión social máxima, culminante, decisiva.